

tras é inventoras de nuevas invenciones y trajes, y hacen honra de sacar á luz lo que nunca fué visto. Y como todos los maestros gusten de tener discipulos que los imiten, ellas son tan perdidas, que en viendo en otra sus invenciones, las aborrecen, y estudian, y se desvelan por hacer otras. Y crece la frenesía más, y ya no les place tanto lo galano y hermoso, como lo costoso y preciado: y ha de venir la tela de no sé dónde, y el brocado de más altos, y el ámbar que bañe el guante, y la cuera, y áun hasta el zapato, el cual ha de relucir en oro también como el tocado: y el manteo ha de ser más bordado que la basquiña: y todo nuevo, y todo reciente, y todo hecho de ayer, para vestirlo hoy y arrojarlo mañana. Y como los caballos desbocados, cuando toman el freno, cuanto más corren, tanto van más desapoderados; y como la piedra que cae de lo alto, cuanto más descende, tanto más se apresura, así la sed de estas crece en ellas con el beber; y un gran desatino y exceso que hacen, les es principio de otro mayor, y cuanto más gastan, tanto les place más el gastar. Y aun hay en ello otro daño muy grande, que los hombres si les acontece ser gastadores, las más veces lo son en cosas, aunque no necesarias, pero duraderas, ú honrosas, ó que tienen alguna parte de utilidad y provecho; como los que edifican suntuosamente, y los que mantienen grande familia, ó como los que gustan de tener muchos caballos: mas el gasto de las mujeres es todo en el aire; el gasto muy grande, y aquello en que se gasta, ni vale, ni luce: en volantes, y en guantes, y en pebetes, y cazoletas, y azabaches, y vidrios, y musarañas, y en otras cosillas de la tienda, que ni se pueden ver sin asco, ni menear sin hedor. Y muchas veces no gasta tanto un letrado en sus libros, como alguna dama en enrubiar los cabellos. Dios nos libre de tan gran perdición. Y no quiero ponerlo todo á su culpa, que no soy tan injusto, que gran parte de aquesto nace de la mala paciencia de sus maridos. Y pasara yo agora la pluma á decir algo de ellos, si no me detuviera la compasión que les hé. Porque si tienen culpa, pagan la pena de ella con las setenas. Pues no sea la perfecta casada costosa, ni ponga la honra en gastar más que su vecina, sino tenga su casa más bien abastada que ella y más reparada, y haga con su aliño y aseo, que el vestido an-

tiguo le esté como nuevo, y que con la limpieza, cualquiera cosa que se pusiere, le parezca muy bien, y el traje usado y común, cobre de su aseo de ella, no usado ni común parecer. Porque el gastar en la mujer es contrario de su oficio, y demasiado para su necesidad, y para los antojos vicioso, y muy torpe, y negocio infinito que asuela las casas, y empobrece á los moradores, y los enlaza en mil trampas, y los abate y envilece por diferentes maneras. Y á este mismo propósito es y pertenece lo que se sigue.

## §. IV.

De la obligación que tienen los casados de amarse, y descansarse en los trabajos mutuamente.

*Pagóle con bien, y no con mal todos los días de su vida.*

Que es decir, que ha de estudiar la mujer, no en empeñar á su marido, meterle en enojos, y cuidados, sino en librarle de ellos, y en serle perpetua causa de alegría y descanso. Porque ¿qué vida es la de aquel que ve consumir su patrimonio en los antojos de su mujer? Y que sus trabajos se los lleva el rio, ó por mejor decir, el albañar? Y que tomando cada día nuevos censos, y creciendo de continuo sus deudas, vive vil esclavo aherrojado del joyero, y del mercader? Dios cuando quiso casar al hombre, dándole mujer dijo (Génes., cap. ii, v. 18.): *Hagámosle un ayudador su semejante*; de donde se entiende, que el oficio natural de la mujer, y el fin para que la crió, es para que sea ayudadora del marido, y no su calamidad y desventura; ayudadora, y no destruidora. Para que le alivie de los trabajos que trae consigo la vida casada, y no para que le añada nuevas cargas. Para repartir entre sí los cuidados, y tomar ella su parte, y no para dejarlos todos al miserable, mayores, y más acrecentados. Y finalmente no las crió Dios para que sean rocas donde quiebren los maridos, y hagan naufragio de las haciendas y vidas; sino para puertos deseados, y seguros, en que viniendo á sus casas reposen, y se rehagan de las tormentas de negocios pesadísimos, que corren fuera de ellas. Y así como sería cosa lastimera, si

aconteciese á un mercader, que después de haber padecido navegando grandes fortunas, y después de haber doblado muchas puntas, y vencido muchas corrientes, y navegado por muchos lugares no navegados y peligrosos, habiéndole Dios librado de todos, y viniendo ya con su nave entera, y rica, y él gozoso y alegre, para descansar en el puerto, quebrase en él, y se anegase: así es lamentable miseria la de los hombres, que bracean, y forcejan todos los días contra las corrientes de los trabajos, y fortunas de esta vida, y se vadean en ellas, y en el puerto de sus casas perecen: y les es la guarda destrucción, y el alivio mayor cuidado, y el sosiego olas de tempestad, y el seguro y el abrigo Scilla y Caribdis, y peñasco áspero y duro. Por donde lo justo, y lo natural es, que cada uno sea aquello mismo para que es: y que la guarda sea guarda, y el descanso paz, y el puerto seguridad, y la mujer dulce y perpetuo refrigerio, y alegría de corazón, y como un halago blando, que continuamente esté trayendo la mano, y enmollecendo el pecho de su marido, y borrando los cuidados de él: y como dice Salomón: *Hale de pagar bien, y no mal todos los días de su vida.* Y dice no sin misterio, que le ha de pagar bien, para que se entienda, que no es gracia, y liberalidad este negocio, sino justicia y deuda, que la mujer al marido debe, y que su naturaleza cargó sobre ella criándola para este oficio, que es agradar, y servir y alegrar, y ayudar en los trabajos de la vida, y en la conservación de la hacienda, á aquel con quien se desposa. Y que como el hombre está obligado al trabajo del adquirir, así la mujer tiene obligación al conservar y guardar: y que aquesta guarda es como paga y salario, que de derecho se debe á aquel servicio y sudor. Y que como él está obligado á llevar las pesadumbres de fuera, así ella le debe sufrir, y solazar, cuando viene á su casa, sin que ninguna excusa la desobligue. Bien á propósito de esto es el ejemplo que San Basilio trae, y lo que acerca de esto dice (1): «La víbora, dice, animal ferocísimo entre las sierpes, va diligente á casarse con la lamprea marina: llegada silba, como dando señas de que está allí, para de esta manera atraerla de la

(1) Basil. In Examer. homil. vii.

mar, á que se abrace maridablemente con ella. Obedece la lamprea, y júntase con la ponzoñosa fiera sin miedo. ¿Qué digo en esto? ¿Qué? que por más áspero, y de más fieras condiciones que el marido sea, es necesario que la mujer le soporte, y que no consienta por ninguna ocasión que se divida la paz. ¡Oh, que es un verdugo! Pero es tu marido. ¡Es un beodo! Pero el nudo matrimonial le hizo contigo uno. ¡Un áspero, un desapacible! Pero miembro tuyo ya, y miembro el más principal. Y porque el marido oiga lo que le conviene también, la víbora entónces, teniendo respeto al ayuntamiento que hace, aparta de sí su ponzoña: ¿y tú no dejarás la crueza inhumana de tu natural por honra del matrimonio?» Esto es de Basilio.

Y demás de esto decir Salomón, que la buena casada *paga bien, y no mal* á su marido, es avisarle á él, que pues ha de ser paga, lo merezca él primero, tratándola honrada, y amorosamente. Porque aunque es verdad, que la naturaleza, y estado pone obligación en la casada, como decimos, de mirar por su casa, y de alegrar y descuidar continuamente á su marido, de la cual ninguna mala condición de él la des- obliga; pero no por eso han de pensar ellos, que tienen licencia para serles leones, y para hacerlas esclavas; ántes como en todo lo demás es la cabeza el hombre, así todo este trato amoroso, y honroso ha de tener principio del marido. Porque ha de entender, que es compañera suya, ó por mejor decir, parte de su cuerpo, y parte flaca y tierna, y á quien por el mismo caso se debe particular cuidado y regalo. Y esto San Pablo, ó en San Pablo Jesucristo lo manda así, y usa, mandándolo, de aquesta misma razón, diciendo (Ad Ephes., cap. v., v. 25.): *Vosotros, los maridos, amad á vuestras mujeres;* y como á vaso más flaco poned más parte de vuestro cuidado en honrarlas, y tratarlas bien. Porque así como á un vaso rico, y bien labrado, si es de vidrio, le rodeamos de vasera; y como en el cuerpo vemos, que á los miembros más tiernos, y más ocasionados para recibir daño, la naturaleza los dotó de mayores defensas; así en la casa á la mujer, como á parte más flaca, se le debe mejor tratamiento. Demás de que el hombre, que es la cordura, y el valor, y el seso, y el maestro, y todo el buen ejemplo de su casa y familia, ha

de haberse con su mujer, como quiere que ella se haya con él, y enseñarle con su ejemplo, lo que quiere que ella haga con él mismo, haciendo que de su buena manera de él, y de su amor aprenda ella á desvelarse en agradarle. Que si él, que tiene más seso, y corazón más esforzado, y sabe condescender en unas cosas, y llevar con paciencia algunas otras, en todo con razón y sin ella quiere ser impaciente, y furioso; ¿qué maravilla es, que la flaqueza, y el poco saber, y el menudo ánimo de la mujer, dé en ser desgraciado, y penoso? Y aun en esto hay otro mayor inconveniente, que como son pusilánimes las mujeres de su cosecha, y poco inclinadas á las cosas que son de valor, si no las alientan á ellas; cuando son maltratadas, y tenidas en poco de sus maridos, pierden el ánimo más, y decaéñseles las alas del corazón, y no pueden poner ni las manos, ni el pensamiento en cosa que buena sea, de donde vienen á cobrar siniestros vilísimos. Y de la manera que el agricultor sabio á las plantas, que miran, y se inclinan al suelo, y que si las dejasen, se tenderían rastrando por él, no las deja caer, sino con horquillas, y estacas que les arrima, las endereza, y levanta, para que crezcan al cielo: ni más ni menos el marido cuerdo no ha de oprimir, ni envilecer con malas obras, y palabras el corazón de la mujer, que es caedizo, y apocado de suyo; sino al revés con amor y con honra la ha de levantar y animar, para que siempre conciba pensamientos honrosos. Y pues la mujer, como arriba dijimos, se dió al hombre para alivio de sus trabajos, y para reposo, y dulzura, y regalo; la misma razón, y naturaleza pide, que sea tratada de él dulce y regaladamente. Porque ¿á do se consiente, que desprecie ninguno á su alivio? ¿ni que enoje á su descanso? ¿ni que traiga guerra perpétua y sangrienta, con lo que tiene nombre, y oficio de paz? ¿O en qué razón se permite, que esté ella obligada á pagarle servicio, y contento, y que él se desobligue de merecérselo? Pues adéudelo él, y páguelo ella, porque se lo debe; y aunque no lo deba, lo pague. Porque cuando él no lo supiere adeudar, lo que debe á Dios, y á su oficio, pone sobre ella esta deuda, de agradar siempre á su marido, guardando su persona, y su casa; y no siéndole, como arriba está dicho, costosa, y gastadora, que es la primera de las dos cosas en que, como dijimos, consiste

esta guarda. Y contentándonos con lo que de ella habemos escrito, vengamos agora á la segunda, que es el ser hacendosa, á lo cual pertenece lo que Salomón añade, diciendo:

## §. V.

Por qué se vale el Espíritu santo de la mujer de un labrador para dechado de las perfectas casadas; y cómo todas ellas, por más nobles y ricas que sean, deben trabajar y ser hacendosas.

*Buscó lana, y lino, y obró con el saber de sus manos.*

No dice, que el marido le compró lino, para que ella labrase, sino que ella lo buscó. Para mostrar, que la primera parte de ser hacendosa, es que sea aprovechada, y que de los salvados de su casa, y de las cosas que sobran, y que parecen perdidas, y de aquello de que no hace cuénto el marido, haga precio ella para proveerse de lino, y de lana, y de las demás cosas, que son como estas, las cuales son como las armas, y el campo, adonde descubre su virtud la buena mujer. Porque ayuntando su artificio ella, y ayudándolo con la vela, é industria suya y de sus criadas, sin hacer nueva costa, y como sin sentir, cuando menos pensare, hallará su casa abastada y llena de riquezas. Pero dirán por ventura las señoras delicadas de agora, que esta pintura es grosera, y que aquesta casada es mujer de algún labrador, que hila y teje, y mujer de estado diferente del suyo, y que así no habla con ellas. A lo cual respondemos, que esta casada es el perfecto dechado de todas las casadas, y la medida con quien, así las de mayores, como las de menores estados se han de ajustar, cuanto á cada una le fuere posible: y es como el padrón de esta virtud, al cual la que más se avecina, es más perfecta. Y bastante prueba de ello es, que el Espíritu santo, que nos hizo, y nos conoce, queriendo enseñar á la casada su estado, la pinta de esta manera. Mas porque quede más entendido, tomemos el agua de su principio, y digamos así. Tres maneras de vidas son, en las que se reparten, y á las que se reducen todas las maneras de viviendas, que hay entre los que viven casados. Porque, ó labran la tierra, ó se mantienen de algún